

De viajes y encuentros

El movimiento casi adormilaba a los pasajeros. Este, como todos los viajes, es una metáfora de la vida misma, nadie lo hace como objetivo en sí mismo sino como un paso, un trámite necesario para conseguir otros fines más importantes en la agenda personal, pero es un tiempo que desaprovechamos —pensaba Manuel— mientras se acomodaba en el asiento del autobús, después de más de dos horas de haber partido de la estación de Madrid. Le esperaban muchas horas aún (¡ni quería calcular cuántas faltaban!) para llegar a su destino: París.

Era su primer viaje a Francia y allí lo esperaban sus amigos de la Universidad Complutense junto con otros profesores europeos, para realizar un trabajo de investigación social. Conocía muy bien a los sociólogos franceses, particularmente le gustaba la obra de Pierre Bourdieu, por eso la oportunidad de conocer de cerca sus discípulos le colmaba de entusiasmo.

Los paisajes distraían su mirada pero, por momentos, prefería la oscuridad de la introspección, viajar por su mundo interior y bucear en sus pensamientos. Sin embargo, también optaba por dirigir su mirada inquieta a sus compañeros de viaje, imaginando sus historias personales, sus sueños, sus problemas y conflictos existenciales. Intentó hacer un cálculo estadístico: ¿Cuántos españoles y extranjeros viajan? ¿Cómo podría saber su nacionalidad, su estado legal o ilegal? ¿Cuáles eran los motivos de su viaje? Otra vez con mi “deformación profesional” — pensó sonriendo

— típica de mi oficio de investigador. En realidad sólo podría adivinar sus orígenes o sus posibles ancestros por sus rostros, el color de su piel, su ropa, sus acentos, aunque no era tan sencillo identificar su lenguaje, especialmente por el silencio de quienes viajaban solos. Mirando sólo podía explorar lo superficial de ese particular micro fragmento de población humana. Siempre con ese afán de investigar, y mientras durara el trayecto, decidió conversar con sus más cercanos compañeros de viaje. Comenzó con quien compartía el asiento: una mujer joven y delgada. La había visto caminando por la estación, esbelta, con paso rápido y seguro, como quien sabe a dónde va y por qué, para subir justo cuando el autobús estaba a punto de partir. Me llamo Aliana —dijo sonriendo— es un nombre exótico, por lo menos tengo que repetirlo dos o tres veces, entonces lo digo despacio, para evitar que lo deletreen o que me pregunten, como siempre: ¿A- li- a- na? ¿Con o sin hache?

Ya desde su asiento y durante muy breves momentos, Aliana había mirado el andén vacío, mientras pensaba que ya no estaría tan sola en aquella oficina llena de empleados, cada uno en su escritorio, con su ordenador y enfrascado en sus cosas. Tampoco saldría de su casa cada día, cada semana, esperando que el tiempo volara, que su hijo durmiera mucho para no percibir su ausencia y no la necesitara hasta su regreso. Lo más importante para ella en este mundo, el pequeño Martín, su bebé, estaba ahora con ella. Su vida era como la de tantas otras madres, o tal vez no... ¡si cada una es irrepetible! —pensaba Aliana— ¿Será posible que todas las mujeres tengan esta sensación de abandono, de angustia, a toda hora, todos los días, todos los meses de cada año, como me sucede desde que nació Martín?

Su padre, (el padre de Martín pero... también su propio padre! ese (esos) desconocido(s) hasta para él (ellos) mismo(s), caminaría(n) tal vez por esas mismas

calles madrileñas o por otras, ¿quién sabe?, ajeno(s) a la vida nueva, ajeno(s) al amor y a la responsabilidad, ajeno(s) o enajenado(s)...realmente, otro(s) ausente(s) entre los ausentes.

Para ella las horas en la oficina se repetían, monótonas, sin sentido, realizando casi siempre las mismas rutinas, marcando el tránsito entre su bebé y el sustento diario, eran un túnel más en donde se sumergía, como en el subterráneo del metro, para alejarse de todo lo que amaba. Este día el viaje era diferente, la vida continuaba, compleja, incomprensible, complicada y sin indicios ni caminos certeros, sin señales claras pero latiendo, allí, agazapada en los rincones de su esperanza: le aguardaba otro país, otra ciudad, otro mundo por descubrir, ¡otro horizonte! Y, especialmente, el afecto y el apoyo de Celine, su madre.

Detrás de Manuel, junto a una adolescente, se sentaba Najmut. Había llegado a Canarias hacía más de un mes aunque, con tantas novedades en su vida, le parecía que había pasado mucho más tiempo. Ahora — pensaba — este es mi trayecto final: París, Francia, porque mis amigos y la familia ya me esperan allí.

Lejos, al fin, de aquella calamitosa aventura en el mar con el cayuco, (una pesadilla que desea olvidar) pero atesorando, sin embargo, su ansiada llegada al puerto (casi mágica porque dejaba atrás todo aquello) inundándolo con imágenes nuevas y ruidos extraños pero, a la vez, esperados. Con la ayuda de los voluntarios, el idioma había sido una barrera fácil de superar, porque los gestos, las miradas, los quejidos, lo decían todo. Él era sólo uno más entre tantos otros seres anónimos que prefirieron el riesgo del mar a la desesperanza, que decidieron elegir y no ser elegidos por la adversidad.

Ahora la larga espera había terminado, y allí estaba, rumbo a los suyos, intentando reconstruir en el autobús todo lo que quería relatarles cuando llegara a destino: la obligada permanencia en los sitios de acogida, el nuevo trayecto hasta el continente, a Madrid (otro eslabón en su búsqueda permanente de un sitio al cual llegar, definitivamente, sin volver a salir ni desde el cual partir). Estaba en un país que no se parecía en nada al que imaginó mientras vivía en su tierra. Todo era nuevo para él: los antiguos y modernos edificios, las enormes tiendas, los kioscos y los vendedores ambulantes, los mendigos, los escaparates lujosos, pero una de sus más intrigantes aventuras, sin duda, fue viajar en el metro, guiado por su amigo Nasser. Le pareció un terrible desafío pues no había visto nunca a tantas personas en túneles de esa envergadura, emergiendo y hundiéndose, en forma tan apresurada, que le recordaban las hormigas de su tierra, que tan bien conocía. Mientras avanzaba en esa enorme red de pasadizos, mezclándose entre la gente, recordaba cómo le atemorizaba el mar, casi tan incontrolable como ese otro mundo, casi una ciudad invertida, por debajo del mundo visible, en cuyas profundidades no se hubiera animado a entrar sin la insistencia de su amigo. Najmut nunca olvidaría aquel día, subiendo y bajando escaleras, descifrando carteles ¡siempre esa barrera del idioma! Y sin perder de vista a su compañero, pues en ese caso estaría perdido entre tantas personas, sin remedio.

Siempre mucha gente, de todos los colores y edades, de todas las condiciones y procedencias. ¿Era posible tanta variedad? Imaginaba que París sería parecido a esta gran ciudad, que acoge, contiene, cobija, arropa y al mismo tiempo distancia, aleja, deja en el anonimato a todos y a cada uno de sus habitantes.

Pronto acabaría con esa incertidumbre pero, sobre todo, con el interrogante cotidiano sobre dónde y por qué estaba donde estaba...cuándo y hasta cuándo estaría

suspendido en el tiempo, en esa espera interminable, en ese anden de la vida, subiendo y bajando de vehículos que no llevan a ningún sitio... o a todos, ¿quién lo sabe? ¿Y cómo medir las certezas o los portazos? ¿Acaso con el grosor de la brecha, esa profunda brecha que esculpe el desarraigo? Le quedaban muchas preguntas, aún, sin respuestas.

A su lado viajaba Enriqueta, una adolescente que había nacido en Güemes, un lejano y bucólico pueblito de Cantabria, rebotante de tranquilidad y de incontables tonalidades verdes, pintadas en sus prados y en los bosques de pinos y eucaliptos. Para ella eran especialmente mágicos sus pastos, tanto tal vez como sus pródigas vacas lecheras, que tan sabiamente los transformaban en un nutritivo y sabroso color blanco.

La joven conocía Madrid por su madre, que la había llevado desde el pueblo varias veces, de modo que, esta vez, no tuvo problemas para llegar a tiempo a la estación de autobuses. En aquella inmensa ciudad solía imaginarse que estaba inmersa en el agua de un río impetuoso, imparable, con flujos y oleajes cambiantes según los diseños de un viento misterioso. Ella — pensaba — era sólo una de las gotitas que intentaban salir, trabajosamente, a la superficie, para encontrar la luz del sol madrileño, dueño de otra gente, de otros paisajes moldeados por el cemento y ajeno, indiferente a sus efectos abrasadores en el verano ardiente.

Por cierto, era diferente al sol cántabro, pues aquél resbalaba en el verde y aplacaba su ardor en el mar, en las praderas y en los bosques. Comparándolos, salía victorioso el de su tierra, a pesar del encanto especial que tenía Madrid. ¿Cómo sería el sol de París? Seguramente se lo enseñaría su padre, a quien hacía dos años que no veía, desde que comenzó a trabajar allí.

El autobús se detuvo para recargar combustible y permitir un breve descanso a los pasajeros, que bajaron con gusto para tomar un café, comer un bocadillo o, simplemente, para estirar las piernas después de varias horas de viaje.

Fue en la barra del restaurante donde Manuel conoció a Laura y Carlos. Sin decirlo, parecían estar de luna de miel. Hacía varios años que Laura residía en Madrid, amaba la ciudad, tan llena de historia y de arte, sentía que era tan acogedora para ella como para otros miles de inmigrantes y turistas. Allí había conocido a Carlos, justamente en la oficina donde iniciaban los trámites para obtener la nacionalidad española. Ambos eran del mismo país de origen: Argentina y, aunque sus historias no eran parecidas, sí lo eran los motivos de su emigración: su país les había defraudado, había sido hostil y amenazante tanto para ellos como para otros miles, millones de compatriotas. Manuel se sintió a sus anchas conversando con ellos y conociendo sus puntos de vista sobre aquellos temas que tanto le interesaban. Todos coincidieron en considerar lo ocurrido como un ejemplo, lamentable, de los efectos que producen la corrupción y la aplicación, casi al pie de la letra, de políticas neo liberales.

La conversación continuó en el autobús, esta vez más centrada en la adaptación de la pareja a las pautas culturales españolas. No les resultaba difícil, al contrario, veían que les daba la oportunidad de poner en la balanza aquellos valores aprendidos de sus padres, que en la Argentina del siglo XXI ya aparecían como obsoletos. Ese aprendizaje era, al mismo tiempo, un reencuentro con la sensación de tranquilidad cotidiana de su infancia, el bálsamo de una vida sin grandes sobresaltos, alejando los miedos de salir a la calle para enfrentar el día a día melancólico y frustrante de los últimos años en Buenos Aires.

“Aceptar la ciudadanía de un país, es maravilloso, es como la adopción de un hijo” — decía Carlos. Laura, de acuerdo con esa metáfora, agregaba que la posibilidad de

elegir la nacionalidad era tan importante como elegir al compañero de su vida, era un premio, un privilegio que le permitía fluir libremente, sin necesidad de realizar un esfuerzo casi sobrehumano para ser ella misma.

Manuel miró su reloj, con tanta conversación, las horas habían transcurrido muy rápido. Ya se veían, a lo lejos, las luces de París... todos comenzaron a sentir con más fuerza los latidos del corazón. Atrás quedaban los encuentros y las confianzas compartidas con la complicidad del autobús, ahora sólo necesitaban recuperar su equipaje para ir al encuentro de sus anhelos.

Ninguno podía adivinar que, justo al día siguiente, comenzarían los tumultos callejeros en las calles de la ciudad, con su consiguiente impacto en cada uno de ellos:

La pareja de argentinos revivirían las experiencias de los piquetes y los interminables conflictos de los que había huido.

Najmut se enfrentaría con la violencia y hogueras ardiendo en el propio barrio de sus familiares, mientras el temor, ese antiguo acompañante, volvía a ser su sombra. Enriqueta apenas apreciaría las caricias del sol parisino, pues su padre, temeroso, decidiría llevarla lejos de la ciudad para ponerla a salvo del peligro, hasta que regresara a España.

Para Aliana y su madre Celine, esos días serían un justificado pretexto para la intimidad y el reencuentro, para la complicidad y el cariño a la vida nueva.

Manuel descubriría que había temas de investigación sociológica insospechados, por lo menos, en las famosas torres de marfil del mundo académico, aunque, pensándolo bien, ya había leído algo escrito por su colega Michel Maffesoli, sobre las tribus urbanas del mundo posmoderno.

